

CONDORCET & ADAM SMITH: ¿GEMELOS ARTIFICIALES?¹

¿Han desdeñado los lectores modernos injustamente los apasionados llamamientos de Condorcet en pro de la igualdad de derechos y de la paz social escritos poco antes de su muerte en una celda y las enérgicas denuncias de Adam Smith de la opresión feudal? Sosteniendo la tesis de que las últimas generaciones han pasado por alto aspectos clave de la Ilustración escocesa y francesa, el libro de Emma Rothschild *Economic Sentiments* pretende restablecer el papel fundacional de los sentimientos y de la política en los sistemas de pensamiento de estos dos hombres. La mano invisible de Smith puede volver a unirse con el rostro humano, y el corazón, del liberalismo de libre mercado; y la marcha de la Ilustración de Condorcet puede aparecer complicada por una sutileza emocional y una incertidumbre filosófica inesperadas. Rothschild armoniza la historia del pensamiento económico con su contexto social y político y arroja la luz de las ideas contemporáneas sobre ambos. El propósito declarado del libro es realinear a Smith y a Condorcet ideológicamente: rescatando a Smith de interpretaciones conservadoras y a Condorcet de imputaciones de un «racionalismo frío y universal». El efecto tácito consiste en acercarlos más políticamente de lo que cabría esperar de forma natural. Ambos pueden entrar en el arca subsiguiente de pensamiento liberal de izquierdas: paladines de la libertad económica, pero también defensores de la libertad, la igualdad y la justicia desde un punto de vista político. La conclusión de Rothschild expresa nostalgia por una época anterior a la larga alianza entre el conservadurismo y el *laissez-faire* económico y una suave excitación ante la perspectiva de una constelación política que rompa con este molde en el siglo XXI. Las rehabilitaciones de Smith y de Condorcet parecen diseñadas, cada una a su manera, para dar un ligero codazo –deliberadamente falto de toscas recomendaciones programáticas– a los adeptos y a los hombres de Estado del nuevo milenio.

Economic Sentiments se compone de una serie de ensayos que, en su mayor parte, tratan de Smith y de Condorcet de manera alterna, pero también se centran, en parte, en temas –la discusión y la forma política, el

¹ Emma ROTHSCHILD, *Economic Sentiments: Adam Smith, Condorcet and the Enlightenment*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2000.

orden y el diseño económico— que ambos pensadores compartieron. Los capítulos de inicio y cierre aclaran el proyecto global, pero el peso central de la argumentación descansa en interpretaciones libres de los dos teóricos. Hay algunos inconvenientes en el modo en el que se han recogido aquí ensayos publicados con anterioridad: algunos aspectos centrales y citas de Smith y de Condorcet se repiten con frecuencia. Pero el estilo tranquilo y sencillo y la profunda erudición de Emma Rothschild hacen el libro agradable de leer en general. El capítulo sobre la Mano Invisible, en particular, abarca un amplio espectro de antecedentes literarios, argumentos teóricos contemporáneos y pensamiento económico moderno, que se combinan para construir una elocuente reinterpretación de la célebre metáfora de Smith. Hay que decir, no obstante, que los elementos progresistas de la perspectiva de Smith se han descubierto en varias obras eruditas. Está claro, también, de qué lado caen las simpatías de Rothschild: del lado del prudente Smith, y no del «crédulo» Condorcet. Su reconstrucción de los argumentos y luchas de Condorcet resulta menos exhaustiva y a medida que se empuja a ambos a entrar en una órbita más próxima, corresponde a la trayectoria de Condorcet ajustarse más.

Después de su muerte, los defensores más cercanos de Smith popularizaron una versión conservadora de su pensamiento, en parte como reacción a la Revolución Francesa, pero también a raíz de la preocupación por desviar cualquier sospecha de que fuera culpable del escepticismo religioso de Hume. Rothschild inicia su análisis del escocés con la revisión de su obra realizada por Beatrice Webb, con el objeto de disipar cualquier remanente de duda sobre sus credenciales progresistas. La mayor parte de la argumentación de Smith en *La riqueza de las naciones* iba dirigida contra la regulación gubernamental del movimiento de bienes y capital, en especial contra los impuestos y las subvenciones de sello «mercantilista». Pero a lo largo de toda la obra Smith subraya los beneficios más generales del sistema de «libertad natural». La libre movilidad de los factores de producción conduciría no sólo a una distribución más eficaz de la oferta para cubrir la demanda, sino también a una inversión de capital en respuesta a necesidades futuras, que profundizaría la división del trabajo y enriquecería el país en su conjunto. Los incrementos del capital social y de los rendimientos del mismo llevarían a un crecimiento de la demanda de mano de obra y la «recompensa liberal del trabajo» constituiría un «indicio natural de la creciente riqueza nacional».

En Francia, durante el mismo periodo, tanto Turgot como Condorcet participaban activamente en debates sobre la reforma económica que les enfrentaban a Quesnay y a los fisiócratas, especial objeto de aversión de Smith, con quienes éste mantuvo (al igual que con Hume) interrelaciones más distantes. También para estos pensadores, un mercado libre de bienes básicos —en especial, en épocas de sequía o de hambrunas— constituía una piedra de toque para la política de la época. Compartían con Smith la convicción de que el intercambio de mercancías libre de subsidios o controles de precios distribuiría las insuficiencias más equitativa-

mente y la inversión de manera más productiva. No obstante, a partir de su trabajo sobre la hambruna en Francia durante la década de 1770, Turgot recomendaba la intervención en los mercados laborales para elevar los salarios: los pobres tenían que estar por encima del umbral de subsistencia antes de que las señales del mercado produjeran incentivos para remediar la escasez. Turgot y Condorcet trataron de determinar qué mercados se verían menos distorsionados por la intervención y dónde sería ésta más eficaz: «En casos de carestía y de hambre, los principios proporcionan un criterio, de acuerdo con el cual la intervención en los mercados para producir grano es peor y la intervención sobre los arriendos, la formación y los mercados laborales rurales es la menos mala».

Aunque esto excede cualquier concepción que quepa encontrar en Smith, hay campos más amplios de coincidencia: la simplificación y la racionalización de las leyes de propiedad para asegurar la libertad de comprar y vender en mercados abiertos y una promoción del desmantelamiento de las barreras que obstaculizaban la competencia, como eran los gremios o los sistemas de aprendizaje. Los edictos de la ambiciosa reforma que Turgot presentó en 1776 a Louis XVI como *lit de justice* [sesión solemne de las Cortes] recibieron los elogios de Smith, que los calificó de «testamento de máximo valor». Con un espíritu muy parecido al de *La riqueza de las naciones*, Turgot invitaba a sus lectores a identificarse con las dificultades de los comerciantes que operaban en un entorno inseguro, hostigados por leyes cambiantes y a la incierta merced de los funcionarios encargados de aplicarlas. Rothschild comenta de forma característica: «La vida económica está llena de disgustos, de inspecciones, de los detalles concretos de la opresión. Está también llena de emociones». De acuerdo con su interpretación de ambos pensadores, cada transacción económica estaba para Smith y para Condorcet bañada de sentimientos y sobre este fundamento erigió cada uno de ellos sus consideraciones más generales sobre la justicia política y económica.

Es bien sabido que, en *La riqueza de las naciones*, Smith se aventura más allá de su habitual antipatía por los vestigios feudales para abogar por una educación universal y financiada con fondos públicos. Tal y como observa Rothschild, los debates contemporáneos sobre la reforma de los sistemas de aprendizaje giran en su mayor parte en torno a la cuestión de los incentivos: ¿qué garantizará una población seria y trabajadora? No obstante, Smith insistía en la igualdad natural de aptitudes: las diferencias entre un filósofo y un porteador callejero «no se derivan tanto de la naturaleza como del hábito, la costumbre y la educación». Es más, aunque la escolarización contribuía sin duda al desarrollo de una economía, su justificación no era puramente instrumental: una educación plena podría asimismo compensar los trabajos monótonos y embrutecedores que resultaban con frecuencia de una creciente división del trabajo. Rothschild rastrea también los cambios en los argumentos de Condorcet, desde la educación como herramienta para inculcar la virtud y la comprensión científica hasta una visión más próxima a la de Smith: la educación no sólo como un fin en sí misma, sino como parte de un ordenamiento polí-

tico pluralista más amplio. En una sociedad constituida por visiones contrarias, Condorcet consideraba la educación liberal como una vía fundamental para institucionalizar el desacuerdo y la discusión pacíficos. Para Rothschild, la sociedad está llegando aquí a una mayoría de edad, no sólo sus trabajadores: en este contexto, menciona la «sociedad de comercio competitivo adulto» de Bagehot para sostener que la independencia de la política, la educación y el mercado se refuerzan entre sí.

La interpretación global de Smith en *Economic Sentiments* se apoya en gran medida en la lectura que hace de la imagen de la mano invisible: una metáfora utilizada sólo tres veces en toda una vida de trabajo, pero posteriormente retenida, entre otros por Kenneth Arrow, para sintetizar la aportación más exquisita de Smith a la política económica. Rothschild, por el contrario, sostiene que no habría que considerarla más que «como una broma ligeramente irónica». Comparando el método de Smith con el de Tucídides, al que Smith admiraba por demostrar que «nada ilumina más una serie de acciones que el carácter de los actores», la autora aspira a una operación semejante. Una lectura literal de la mano invisible, sugiere, no sólo resultaría contradictoria con la visión de Smith de la independencia moral de los agentes económicos reflexivos, sino que también pasaría por alto la ironía que le gustaba a Smith dirigir contra el filósofo que todo lo ve o el hombre de Estado sabio. La «mano invisible de Júpiter» —el primer uso que hace Smith del término en su «Historia de la Astronomía»— es claramente tema de mofa, en relación con la credulidad de las sociedades politeístas capaces de atribuir los desastres naturales a los dioses, pero no el «curso normal de las cosas».

Epícteto, el estoico, por el contrario, creía que Júpiter había dispuesto la razón humana de modo que «no se pudiera considerar ya asocial que un hombre hiciera todo en beneficio propio» —una antigua anticipación del resultado social feliz de las acciones realizadas en interés propio e individual de acuerdo con la economía moderna—. Rothschild recuerda otros usos literarios del mismo tropo que apuntan a una perspectiva menos alentadora. La «mano invisible y sangrienta» de Macbeth es la oscuridad que éste invoca para ocultar su crimen. La versión de Voltaire amenaza a Edipo con la espada de la venganza y rechaza sus ofrendas en el templo. La de Ovidio es más mundana, una mano humana que no se puede ver porque golpea «la herida dentro de la herida» en la espalda de una víctima. Rothschild nos cuenta que esta escena aparece representada en el frontispicio del ejemplar que tenía Smith de las *Metamorfosis* y hace hincapié en su admiración por las tragedias de Voltaire, sus conferencias sobre el uso shakespeariano de la metáfora y su asistencia a una «célebre representación» de *Macbeth*. Todo esto resulta bastante ameno, pero ¿qué importancia tiene para los ricos comerciantes de *La teoría de los sentimientos morales*, que se ven «empujados por una mano invisible, sin entenderlo, sin saberlo» a «promover el interés de la sociedad», o para sus sucesores en *La riqueza de las naciones*, cuyas operaciones aparecen descritas con una formulación casi idéntica?

Rothschild acomete una delicada disposición entre los distintos elementos del pensamiento de Smith. Después de explicar con convincentes argumentos el escepticismo de éste ante cualquier orden providencial en la tierra, señala también su convicción de que los actores económicos que ejercen influencia política en pos de sus intereses perjudican el bienestar más general de la sociedad. La idea de la mano invisible servía de mecanismo para separar la economía de la política capaz de persuadir a los políticos de la necesidad de respetar las fronteras entre ambas. Condorcet observaba que no era fácil convencer a los funcionarios de los alicientes de no hacer nada y Smith era consciente del tentador atractivo de los sistemas ambiciosos: «tendrás más posibilidades de persuadir a los hombres públicos» si apelas a su «amor al arte y a la invención». Aquí, sostiene Rothschild, reside la función de la mano invisible. Smith la utiliza como «un dispositivo de elusión; desplaza manos de mayor peso y poder», disuadiendo a los propios hombres de Estado de interferir en los mecanismos del mercado.

Resultados beneficiosos pero involuntarios podrían derivarse de ambos tipos de procesos: un sistema que se autoorganiza dentro de un conjunto de reglas y uno en el que las reglas surgen como parte del resultado. Las teorías modernas del equilibrio económico describen el primero de ellos. La noción más grandilocuente del segundo tiene su mejor desarrollo en Hayek. El campo de la teoría social es, para Hayek, el de las pautas y regularidades no intencionadas: los procesos sociales son «*ex definitione* no conscientes». Las regularidades involuntarias que presentan se seleccionan a partir de mecanismos evolutivos: las reglas que conducen al éxito económico promueven la supervivencia de los grupos que las practican. Esta concepción proporciona, al mismo tiempo, motivos para el optimismo económico y para cierto grado de conservadurismo social: hemos heredado nuestras instituciones económicas porque funcionan y, en la medida en que nos beneficiamos de ellas, hay un imperativo moral de mantenerlas.

Rothschild quiere distinguir la visión de Smith de la de Hayek en tres terrenos. El reformista escocés se oponía a una serie de instituciones tradicionales, entre las que se encontraban las estipulaciones «bárbaras» de la propia ley sucesoria y, en un sentido más general, la «violencia» de las disposiciones feudales. Consideraba los procesos sociales, incluidas las transacciones económicas, como actividades humanas reflexivas, de tal suerte que las pautas no intencionadas eran el resultado tanto de prácticas conscientes como inconscientes. Por último, sostenía que debíamos tener conciencia de las obligaciones morales para que tuvieran fuerza. Las instituciones económicas deberían ocupar su lugar dentro de una ilustración más amplia, a medida que las supersticiones daban paso a una moralidad más racional y pública. Para Smith y para Condorcet, afirma Rothschild, una parte esencial de tal ilustración era que las libertades políticas llevaran a la gente a participar en debates sobre el sistema económico imperante. Para Hayek, evidentemente, esto era un peligro en lugar de una oportunidad, pero estaba escribiendo dos siglos más tarde, cuando el mercado había perdido su inocencia prerrevolucionaria.

Si el Smith de Rothschild es epistemológicamente más modesto que Hayek, es también más ingenuo, puesto que su optimismo sobre el libre comercio depende del progreso moral e intelectual general y de la gentileza y reflexividad de la mayoría de hombres y mujeres. En este punto, de manera inusitada, Rothschild adopta un tono desengañado: «Este, y poco más, es el fundamento del sistema de la libertad económica. Se trata de una pía esperanza, así como de una deficiencia del pensamiento liberal». Sin embargo, de esta inquietante intuición no se sigue gran cosa. Otro problema para los liberales, apunta la autora más adelante, sería la interacción entre dinero y poder, habida cuenta de que aquellos con peso económico aspiran a influir en el proceso político para obtener regulaciones y monopolios que les favorezcan. No obstante, tal y como creían Smith y Condorcet, una sociedad instruida está conformada por gente con teorías e incluso visiones del mayor bien. ¿Cómo puede determinar un liberal si los intentos de influir en la economía son del primer o del segundo tipo? Los dos héroes de la autora eran a su vez conscientes del autoengaño o *fausse conscience* [falsa conciencia] por los que la gente llegaba a identificar sus propios intereses con los de la sociedad en su conjunto.

En este campo –los problemas de la elección social–, *Economic Sentiments* vuelve a un estudio más detallado de Condorcet. Tanto Turgot como Condorcet trabajaron sobre sistemas de toma de decisiones descentralizada y prescribieron políticas para condiciones de competencia imperfecta. Si las intervenciones en el mercado de trabajo se recomendaban en el caso de hambrunas, también se proponían programas de seguridad social, en parte para garantizar que los pobres disfrutaran de un mínimo de recursos en tiempos de desgracia o carestía. La teoría económica que estaba detrás de estas prescripciones se apoyaba en la base moderna del cálculo individual de utilidad. Rothschild contrapone marcadamente las tempranas investigaciones matemáticas de Condorcet con su posterior preocupación por encontrar mecanismos viables de elección social, en un ambiente de libertad moral y política crecientes. La contraposición entre ambos intereses no está exenta de tensiones, según sugiere la recargada retórica de la autora:

En ocasiones, parecía estar dividido, como Fausto, entre dos almas; entre el interés del filósofo en el mundo de las distintas vidas individuales y el interés del matemático en el mundo luminoso y brillante de los números y las líneas.

El trabajo de Condorcet sobre la elección social es quizá su legado intelectual más célebre. Turgot ha observado la dificultad estructural de un problema también descrito por Smith: podría darse una oposición mayoritaria a un sistema de *laissez-faire* con que cada individuo apoyara sólo una enmienda a las reformas necesarias. Condorcet amplió el problema para caracterizar un campo de dilemas concernientes a la toma de decisiones en el que la distribución de preferencias pudiera impedir un voto mayoritario decisivo. Su ejemplo original se refiere a tres posturas: cualquier restricción al comercio es una injusticia; sólo las restricciones impuestas a tra-

vés de leyes generales pueden ser justas; las restricciones impuestas por órdenes particulares pueden ser justas. Su solución consistía en reducir tales opciones, incluidas todas las decisiones sobre el sistema tributario, a una secuencia de «proposiciones que son contradictorias por pares».

Dada la defensa de Condorcet de una segunda cámara representativa, cabría citar un ejemplo británico contemporáneo de los puntos muertos que este autor intentaba evitar. En una votación reciente de la Cámara de los Comunes, pese a que había una mayoría de miembros del Parlamento a favor de una Cámara de los Lores cada vez más sujeta a elección abierta, no se pudo llegar a ninguna decisión de la forma que ésta debía adoptar, y el gobierno tuvo abierta la veda para nombrarla en su totalidad. La solución de Condorcet, engorrosa desde el punto de vista del número de votos requeridos –más tarde se convirtió en la base de los sistemas electorales de voto individual transferible–, hubiera impedido que el Nuevo Laborismo organizara este resultado. El planteamiento general de Condorcet era la antítesis del de Rousseau: en lugar de descubrir una voluntad general latente, sus procedimientos iban dirigidos a producir decisiones sociales que «se correspondieran, en medida suficientemente fiable, con las opiniones de los individuos». De forma análoga, en economía, no había necesariamente un precio «natural»: en condiciones imperfectas, los verdaderos precios eran aquellos –tal y como lo expresa Rothschild– que prevalecerían si los «procedimientos pertinentes de mercado tuvieran que reforzarse, donde fuera necesario, en virtud de procedimientos equitativos de decisiones sociales».

Sacando a la luz los escritos de Condorcet sobre la elección social y económica, las distintas preferencias individuales y la importancia de una discusión política libre, Rothschild espera contrarrestar la imagen perjudicial de este autor que lo muestra como epitome de una «Ilustración fría y universalista». Así presentado, Condorcet puede parecer «una figura aparentemente incongruente» que «cree en la diversidad de sentimientos y en la uniformidad de las reglas»; y sin duda algo confiada en el porvenir de la raza humana. En su *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, publicado de manera póstuma y escrito en la clandestinidad y poco antes de su muerte, afirmaba que «la bondad moral del hombre, consecuencia necesaria de su constitución, es capaz de una perfección indefinida, al igual que todas sus demás facultades, y la naturaleza ha engranado en una cadena irrompible la verdad, la felicidad y la virtud». Pero en sus mejores momentos, sostiene la autora, Condorcet compartía el escepticismo filosófico de Smith, su respeto por la diversidad humana y el valor del debate público, así como un individualismo metodológico no menos importante.

No obstante, al poner a Smith y a Condorcet en tan estrecha compañía, Rothschild elude o tergiversa algunos rasgos esenciales de ambos personajes. La naturaleza dual (incluso fáustica) de Condorcet se exagera, mientras se resta importancia a su activa participación política y a sus sustanciosas

recomendaciones programáticas; del mismo modo en que se permite que el escepticismo de Smith oculte el alcance y la extensión de su defensa del libre mercado. Tanto Webb como Rothschild señalan con acierto, por ejemplo, el celo reformista en la obra de Smith, pero su fuego permanece dirigido hacia las instituciones feudales, mercantilistas y corporativas. Smith era inflexible en su convicción de que el sistema de «libertad natural» era justo de por sí, con independencia de las preocupaciones con respecto a la distribución. Rothschild cita con aprobación un pasaje en el que Smith afirma que «no es sino equidad, además», que «los que alimentan, visten y alojan al conjunto del pueblo» deben estar a su vez «medianamente bien alimentados». Pero resta importancia a los pasajes subsiguientes, que dejan claro que la caída de los salarios sólo se puede frenar reduciendo la oferta de mano de obra. La preocupación de Smith por la equidad no tenía ningún contenido igualitario.

En contra de lo que defendían la mayoría de sus coetáneos, Smith sostenía que había que atenerse a su sistema de forma implacable en tiempos de carestía general, con independencia de los costes a corto plazo, puesto que su lógica conduciría al final a la redistribución necesaria de capital e inversión. Con el tiempo, la división del trabajo a escala mundial beneficiaría a todos: no obstante, dadas las propias ideas de Smith acerca de la determinación del precio de la mano de obra de acuerdo con la oferta y la demanda, resulta difícil ver qué mecanismos reportarían gratificaciones proporcionales. El único que se ofrece parece ser la «pía esperanza» de que los comerciantes instruidos gracias a una educación pública lleguen a darse cuenta dónde residen sus intereses a largo plazo. Los verdaderos efectos de las políticas smithianas en el mercado de alimentos básicos pudieron probarse en Irlanda e India. Mike Davis ha demostrado la consecuencia de su aplicación entusiasta en el subcontinente: la negativa del Imperio británico a intervenir durante las sequías llevó a hambrunas devastadoras y a millones de muertes, en medio de exportaciones sin precedentes hacia el mundo rico. Los resultados de esta misma inflexibilidad durante la Gran Hambruna en la Irlanda de mediados del siglo XIX son bien conocidos. Las recomendaciones programáticas de Smith estaban reñidas con su preocupación esporádica por la «equidad», algo que no sucede con las de Condorcet. La combinación que hace Rothschild de ambos oculta esta diferencia crítica.

Aunque la autora señala que la vida pública de Condorcet contrastaba con fuerza con la de Smith —«profundamente implicado en los acontecimientos de la Revolución Francesa, como político electo, periodista encargado de la cobertura diaria del Parlamento, miembro de comisiones gubernamentales» y, finalmente, víctima del Terror—, los verdaderos frutos de su implicación política, bajo la monarquía y la república, reciben poca atención. Rothschild menciona su programa de seguridad social, pero da la impresión de que Condorcet no hubiera hecho más que intervenciones esporádicas y *ad hoc*, cuando hizo falta, de acuerdo con los criterios previstos por Turgot. A decir verdad, mientras Smith creía que el progreso

económico mantendría la desigualdad espontáneamente bajo control, Condorcet proponía un importante programa permanente de seguridad y redistribución social para asegurar un sustento a los ancianos, las viudas y los huérfanos, que debía financiarse exclusivamente a través de impuestos directos. Incluso llegó a anticipar los programas actuales de *baby bonds*: se debía facilitar capital a los jóvenes cuando accedieran a la mayoría de edad. En ideas visionarias como éstas, Condorcet intentaba reconciliar su enfoque matemático de los asuntos sociales con su preocupación por el destino de los individuos: «la aplicación del cálculo a las probabilidades de la vida y a la inversión [social] de dinero» de un «modo lo bastante integral y exhaustivo» como para impedir la pobreza. Condorcet habría parecido un personaje menos incongruente, y quizá menos crédulo, si Rothschild se hubiera ocupado más a fondo de tales propuestas. Éstas por lo menos abordan, aunque no resuelven, la primera de las «deficiencias del pensamiento liberal» que Rothschild lamenta: su dificultad para arrostrar los modos en los que el poder económico encuentra expresión en la esfera de la política.

La cara de Condorcet que Rothschild tiene interés en resaltar es una cara que evidentemente le sitúa en los orígenes de una línea de la historia intelectual que pasa por Mill, Constant y Tocqueville: un pluralismo antiutilitario, apasionado en su defensa de unas libertades políticas y económicas que se refuerzan mutuamente. En este contexto, Condorcet se convierte en un pensador que intenta introducir dilaciones en las decisiones constitucionales, teme el unicameralismo y se opone a un poder ejecutivo fuerte. Esta imagen gradualista está reñida con la pasión radical del compromiso que este hombre demostró por la igualdad —no sólo social y política, sino también racial y sexual—, compromiso que le conduciría a condenar «nuestra traición, nuestro feroz desdén por los hombres de otro color o credo» de África y Asia, o a llamar a «la completa destrucción de los prejuicios que han ocasionado una desigualdad de derechos entre los sexos». Rothschild recopila los oxímoros que sus coetáneos utilizaron para describir a Condorcet, desde el «volcán cubierto de nieve» de D'Alembert al «tímido conspirador» de Robespierre y a la «oveja enfurecida» de Turgot. Pero no brinda el mismo cuidado intelectual al trasfondo de sus ideas que dedica a Smith. Realmente, éstas sólo pueden entenderse en un contexto francés de poder absolutista, esperanzas de reforma y explosiones revolucionarias que no tienen paralelo alguno al otro lado del canal.

Con un espíritu absolutamente contrario, *Economic Sentiments* trata la Revolución Francesa como una especie de aberración histórica, que ha ocultado el progreso evolutivo de la sabiduría liberal. Tocqueville argüía que los acontecimientos de la década de 1790 habían ocultado lo que había venido antes: los orígenes y la extensión de las ideas revolucionarias en el Antiguo Régimen. Para Rothschild, estos acontecimientos escondieron también los fundamentos de lo que vino luego: «El punto hasta el cual los orígenes de las ideas liberales decimonónicas pueden encontrarse en la Ilustración francesa y, en especial, en la crítica ilustrada —que

incluye la crítica de Condorcet— al despotismo ilustrado de la década de 1760». En esta retrospectiva, el hito que nos permite ahora redescubrir este legado olvidado es el fin del comunismo europeo de 1989-1991, que está disolviendo la prolongada coalición posnapoleónica entre el *laissez-faire* y el conservadurismo político. La «derrota final» de la «teoría positiva de la coordinación de la vida económica» nos permite «recordar una Ilustración económica diferente»: una Ilustración que defendía los derechos y libertades individuales y los valores civilizadores de la discusión política comedida y del desacuerdo moderado.

¿Qué conclusiones políticas extrae *Economic Sentiments* de este giro favorable de las cosas? Rothschild alberga ciertos recelos, en la medida en que «la liberta económica se basa en la igualdad de los individuos y al mismo tiempo subvierte esta igualdad». Pero termina el libro con una nota desconcertante. En sus comentarios acerca de los sentimientos que acompañan la inseguridad económica, recoge una cita de Smith —sacada aquí en cierta medida de contexto— en la que éste observa: «Estas emociones intranquilas son las que nos afectan en primer lugar y nos proporcionan una agradable ansiedad». ¿Puede ser que nuestra autora se esté refiriendo a las compensaciones ofrecidas por los más amplios horizontes del «universo del comercio» del siglo XXI? Quizá la clave de la agradable ansiedad de Rothschild llegue un poco antes, cuando contrasta su propio enfoque de la economía política con el de John Stuart Mill, que la definió en su día como «el muro de una ciudad» alrededor del territorio de la vida económica, una ciencia con su propia jurisdicción y métodos de investigación.

Rothschild vuelve la mirada hacia «un escenario anterior y menos limitado» en el siglo XVIII: «He buscado, al igual que Adam Smith en el *Filoctetes* de Sófocles, un “romántico estado salvaje”». Por supuesto, el propio Smith había contribuido en no pequeña medida a la construcción de las fortificaciones de Mill, desmantelando las últimas avanzadas feudales. En el pasaje que Rothschild cita, su argumento es que estamos aquejados de la soledad de Filoctetes, y no de su sufrimiento. Las implicaciones de ello podrían ser que, al igual que los individuos aislados de Tocqueville, sufrimos las ansiedades del abandono, pero los placeres del consumo, en nuestros yermos románticamente posmodernos. En realidad, aquí se trata menos de sentimientos que de sentimentalismos a la hora de describir la desigualdad y la inseguridad económica de la era de Blair y Bush.